

# BOLETIN

## DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA.

La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Hotel de la *Institución*.—Paseo del Obelisco, 8.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las españolas, y aspira á ser la más variada.— Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas y maestros, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 0,50. Se publica dos veces al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira á los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la «Correspondencia».

AÑO XV.

MADRID 31 DE MARZO DE 1891.

NÚM. 339.

### SUMARIO.

#### PEDAGOGÍA.

Una excursión universitaria, por D. S. Cabal y D. J. S. del Otero.

#### ENCICLOPEDIA.

La crisis social en Roma, por D. J. de Caso.—Conceptos actuales sobre el individuo natural, por D. A. G. de Linares.

#### INSTITUCIÓN.

Libros recibidos.—Correspondencia.

### PEDAGOGÍA.

#### UNA EXCURSIÓN UNIVERSITARIA (1),

por D. S. Cabal y D. J. S. del Otero,

Alumnos de la Universidad de Oviedo.

SUMARIO: *Excursión á Faro*.—Cómo madura la idea de tal excursión.—La partida.—Quiénes la componían.—Descripción de la ruta é incidentes surgidos en la misma.—Llegada á Faro.—Sus límites y descripción.—Historia.—Industria.—Razón de la industria.—Detalles de la misma y descripción de las máquinas, hornos, etc.—Mejoramiento que pudiera experimentar esa industria.—Su producto en relación á los gastos de la misma y á la satisfacción de las primeras necesidades.—Los grupos fotográficos.—Vuelta á Oviedo.

No cree nuestro catedrático y querido maestro, D. Adolfo Alvarez Buylla y González Alegre, que la exposición oral, en diarias conferencias de clase, basta para formar cabal juicio de la esfera económica, y trata de fijar más y más lo que constituye la cotidiana labor de cátedra, buscando al efecto el medio de presentarlo en la realidad con sucesivas visitas á la Escuela de Artes y Oficios, para examinar las bien formadas colecciones expuestas en su, aún en mantillas, pero ya notable Museo. Y no se conforman con esto las aficiones de nuestro ya dicho profesor; quiere llevar más allá el estudio intuitivo, el estudio hecho propiamente con la observación de

(1) Informe sobre la excursión escolar organizada por el profesor de Economía política y Estadística y de Hacienda pública de la Universidad de Oviedo, D. Adolfo A. Buylla y G. Alegre.

cada uno, y á tal objeto promueve y realiza excursiones á varios de aquellos pueblos de las inmediaciones de esta capital, en donde, en mayor ó menor escala, tenga su asiento alguna industria.

Esta es la razón de la dirigida á Faro el 20 de Febrero del presente año, previamente anunciada por el Sr. D. Adolfo A. Buylla en la mañana del mismo día, á la hora de la clase de Economía política.

Citó á sus alumnos para reunirse en San Lázaro de dos á dos y media de la tarde, y muy antes de la hora ya habían llegado á este barrio de la capital de nuestra provincia, varios de los alumnos de Economía y otros de la asignatura de Hacienda pública, que también explica el Sr. Buylla, y alguno que, sin estudiar una ni otra asignatura, era sin embargo aspirante al título de abogado. A estos se unían otros, que nos será muy difícil enumerar: pues solo recordamos los nombres de D. Adolfo Posada, catedrático de Derecho político de esta Universidad, compañero de D. Adolfo A. Buylla y con él jefe de la expedición; D. Eulogio Díaz Santos, profesor de la Escuela Normal, ya avezado á esta clase de excursiones, que aunque en mayor escala, ha practicado frecuentemente en el extranjero; Benito A. Buylla, hijo de nuestro citado maestro; los firmantes Cabal y Suarez del Otero, compañeros de los demás alumnos que á continuación se citan: D. Manuel A. Buylla y don Eduardo Pumariño que, armados con sus máquinas fotográficas, habían de perpetuar la excursión; los Sres. Santullano, Gutiérrez, Carrasco, Corujo, García, Guisasola Vigil, Guisasola Coalla, Guisasola Pedregal, Estrada, Fanjul, García-Vidal, García Canga, Bueres, Faes Celleruelo, Valdés, Díaz, Martínez, García Barrosa, Fernández, García González, Montanaro, Suarez Coronas, Recalde, Carranceja, Martínez de la Vega, Álvarez García, Martínez Argüelles, Sánchez, Paz, Rebollos, Vázquez Gato, Roces, Noriega, Estremera y otros. Más allá, en el sitio llamado «El Caño del Aguila», esperaban nuestra llegada diez ó quince estudiantes más, que con nosotros, por el número y calidad de los

expedicionarios, asemejábamos á un grupo así como de exploradores arrojados en el centro del Africa por el afán de averiguar lo que de aquellas oscuras regiones aún no fué descubierto á los ojos de las naciones civilizadas. Tal era el aspecto que presentaba el desfile de tantos hombres trepando por las abruptas breñas de los montes intermedios de Oviedo y Faro, apoyados en fuertes bastones y acelerando incansables el firme paso que, por muy agitado, aún resultaba lento, dado el afán de consumir el objeto que á salir de Oviedo nos impulsara.

Mucho, aunque de escasa importancia, pudiéramos decir acerca de los incidentes surgidos en la ruta de nuestra expedición; detalles más propios de un artículo ligero que de una seria descripción, cual la que en estos momentos ocupa preferente lugar en el trabajo que nos ha sido encomendado.

Y decimos que sería más propia la enumeración de estos detalles de un artículo ligero, no porque fuésemos movidos por un fútil ó poco serio medio de distraer horas, sino que por la necesidad de amenizar aquella penosa caminata, que hubimos de realizar cubiertos de polvo y un si es no es sofocados por el calor, impropio de la estación á que corresponde el mes de Febrero.

Encontrámonos, al poco rato de «El Caño del Aguila», en el lugar conocido por «Los Arenales», desde donde, observando los *artistas fotográficos* la bella perspectiva presentada por el grupo que, teniendo como fondo el monte Naranco, ofrecía el conjunto formado por la ciudad ovetense, enfocaron sus máquinas é hicieron un magnífico trabajo del arte que sus aficiones les hicieron conocer.

Seguimos hasta «Las Cruces», pueblo en que tiene su asiento una pequeña industria cerámica, dedicada á la formación de ladrillos y tejas que, pensando observar á nuestro regreso, no pudimos examinar por haberse agotado el día antes de lo que hubiéramos deseado.

A poca distancia, y en el lugar conocido por «El Caldero», abandonando la carretera, emprendimos por el pesado camino que atraviesa el estéril monte de Faro, escueto, sin árboles, casi sin vegetación y solo tapizado por una espesa capa de lo que en Asturias se denomina *rozo* y que luego veremos aplicado á la calefacción de los hornos dedicados á cocer los jarros, pucheros y demás productos de la industria que constituye la riqueza del pueblo á donde dirigimos nuestros pasos. A la derecha, y á poca distancia de estos montes, se ven las quebradas ramificaciones de la cordillera cantabro-pirenaica, coronadas de nieve en la parte que llaman «Monte de Morcin», y más al N. el admirable «Monte de la Magdalena» ó «Monte Sacro» (así llamado por haberse en él escondido las reliquias, antes y hoy depositadas en nuestra

Catedral, para librarlas de la irrupción agarena), descarnado y como imponente defensor y atalaya del cauce del río Nalón, con otros muchos picos que, como muy bien ha dicho el Sr. Buylla, parecen violentas olas paradas de un agitado mar que fué. A grandes rasgos hizo, á la vista de dichas sinuosidades de aquel volcánico terreno de los tiempos primitivos, una sucinta descripción geológica, inspirada en las profundas lecciones de Daubré, Senarmont, Sorby, Pictet y otros; no dejándonos percibir las pesadas molestias del camino por la afluencia de las diferentes materias que, con fácil palabra, trató sin descanso en todo el curso de la excursión.

Bernardo de Palissy, célebre alfarero francés, grande perfeccionador del esmalte, ocupó también importante página en la disertación del iniciador de la idea de nuestras exploraciones científicas; mientras que en otro grupo los aficionados al Derecho político departían con D. Adolfo Posada diversas cuestiones acerca de la teoría del célebre ginebrino J. J. Rousseau.

Ahora bien; si quisiéramos detenernos aquí en hacer un estudio biográfico del inmortal Bernardo de Palissy, pudiéramos encontrar á este fin algunos datos en varios autores; pero únicamente nos concretaremos á indicar que, nacido en la Capelle Beron (Lot y Garona) el año 1510, aceptara este oficio continuando el á que su padre se dedicaba; que sin ningún género de estudios, aparte del llevado á cabo por la mera observación que le hizo parar mientes, entre otras cosas, en los diferentes tonos presentados por el barro dentro del horno á los distintos grados de temperatura sometido, se elevó hasta pensar en la unidad de los seres naturales. La notoriedad de sus progresos hizo llegar su fama hasta Catalina de Médicis, que llamándole á París le protegió grandemente; aunque en realidad más le valiera hallarse lejos de tal protección, dado que, como él era hugonote, fué, en medio de aquellas revueltas entre católicos y protestantes, cruelmente perseguido por los Guisas, jefes del partido católico, por más que acaso le preocupasen muy poco al malogrado Palissy las diferencias entre estos dos partidos beligerantes. Terminó su vida en 1590.

Valga la digresión y advirtamos que, sin que nada contuviese nuestro paso, llegamos á *Faro* (seguramente esta palabra es corrupción de Al-faro ó pueblo de alfareros), lugar de la feligresía de Nuestra Señora de la O de Limanes, correspondiente al 8.º distrito de Oviedo, situado al SE. y á los 6 kilómetros de dicha ciudad.

Está dividido este pueblo en dos lugares, conocidos con el nombre respectivamente de «Faro de Arriba» y «Faro de Abajo», el primero formado por 51 familias y por 45 el segundo, que dan lugar á otras tantas fábricas

de la basta industria cerámica que ha despertado nuestra atención.

Hállase enclavado en accidentadísimo terreno, casi en su totalidad muy poco productivo, aun en aquellos trozos que por su posición con respecto al sol, profundidad de tierra vegetal, etc., se ha de aplicar á la agricultura: pues á tanto llega su, pudiéramos decir, esterilidad, que apenas si en verano produce hierbas en condiciones para alimento del frugalísimo ganado cabrío; y la recolección de las cosechas solo lleva á las paneras no muchas patatas y algún maíz, que consumen en muy pocos días del helado invierno, y en pequeña escala plantas forrajeras, con las que consiguen sostener algunas cabezas de ganado vacuno. La única ventaja—y no lo es pequeña, dada su industria—que el terreno de Faro ofrece á los habitantes, es la circunstancia favorable de hallarse formadas aquellas colinas por tierra puramente barrosa en su totalidad y de las condiciones necesarias á la aplicación de la alfarería, que indudablemente es la razón principal de que todos, sin distinción de familia alguna, se dediquen á iguales trabajos, por más que no sea pequeña la lucha que con la naturaleza sostienen para arrancar de sus entrañas el barro.

Hállase Faro limitado al N. por San Cipriano de Pando y la parroquia de Limanes que también le confina por el E., separando á ambos, por esta parte (á Faro y Limanes), un arroyuelo que corre de SO. á NO. hasta desaguar en el río Nora; al S. tiene los montes de la Grandota notables por el precioso mineral de hierro que de ellos se extrae, y parte de las parroquias de Bendones y San Esteban de las Cruces, y al O. parte de la pequeña parroquia de San Cipriano de Pando.

La extensión del suelo que ocupa resulta relativamente exagerado, por hallarse sus ruinosas casas tan separadas, que parece como si, lanzadas desde lejos, fueran á caer al acaso desperdigadas en aquellas colinas desiguales del montuoso país asturiano; ó bien que cada familia queriendo constituir un Estado independiente de las otras, y alejada de toda relación, ya industrial, agrícola ó comercial, procura encerrarse en un incivil aislamiento, ó mejor dicho, mantener incólume ese amor á la independencia de su hogar, característico de la primitiva raza celta, que no les permite organizarse bajo el aspecto fabril.

Y decimos característico de la raza celta, por entender nosotros, apoyados en la tradición, que acaso procedan de aquellas tribus nómadas, semisalvajes, surgidas de la vertiente occidental del Paropamisos, que, en etapas sucesivas, llegaron á sentar definitivamente sus tiendas en la parte N. de nuestra península, en las cuales habían de adorar los dioses penates que, como los rebaños, útiles para el establecimiento de las industrias, etc., llevaban en

pos de sí en todo el curso de la emigración.

Aparte de este carácter independiente, el respeto á la ancianidad, conservado allí de una manera especial; la extremada sencillez y frugalidad de sus naturales; las guerras que según tradición sostuvieron á favor de D. Rodrigo Alvarez de las Asturias, de quien dice Tirso de Avilés que «era Señor de Gijón, Conde de Noreña y Señor de Siero y Colunga y Rivadesella», cuando, desairado por doña Gontroda de Agüería, tomó el castillo de Tudela; y la lucha reciente que los de Faro sostuvieron con los franceses, atrincherados en el castillo de Gandota (en otro tiempo castillo feudal de D. Rodrigo Alvarez de las Asturias), del cual se conservan bien señalados restos en las alturas de dicha montaña, son también prueba de nuestra suposición para señalarles el origen que dejamos apuntado.

Y, volviendo la vista atrás para fijarnos en los resultados del exagerado amor á la independencia del hogar, brota espontáneamente la razón y origen de las pequeñas industrias.

Indudablemente, viviendo así aislados los unos de los otros, tenían que satisfacer por sí mismos cuantas necesidades se dejaran sentir dentro de la familia: pues si por el cambio no podían llegar á ellos los medios, ¿qué remedio tenían, al notar la indispensable precisión de cubrir sus carnes, sino hacer de sus mujeres hiladoras, tejedoras y costureras que confeccionaran el traje más ó menos útil para hacer frente á la intemperie? Y al experimentar la necesidad de cocer la carne y legumbres que les exigía la urgencia de alimentarse ¿podrían apelar á otro medio que el de construir por sí mismos el puchero que hubieran de poner á la lumbre? Cae por su propio peso la respuesta y la consideración que igualmente podría redactarse ante la existencia de otras muchas industrias.

Por otra parte, si hemos de fijarnos en cada una de las viviendas, de casi idéntico aspecto, no podremos menos de observar aquella elocuente manifestación de la miseria en que se hallan sumidos los continuadores, en Faro, del inmortal alfarero Bernardo de Palissy: edificaciones antiguas, lúgubres y algunas desniveladas, sobre una superficie de 60 á 70 m.<sup>2</sup>, construídas con desiguales y mal colocadas piedras, que ligan por medio del barro más ordinario hasta elevar 5 m. próximamente las paredes, entre las que habrán de colocar su fábrica y habitaciones, tan reducidas como poco higiénicas.

Sirva de tipo la que primero encontramos. Presenta una fachada de un solo piso, nada simétrico, con un hueco irregular de poco menos alto que ancho, queriendo parecerse á un balcón sin antepecho; á su lado una pequeña ventana y, como medio de comunicación, por el exterior un mal hecho corredor, todo lo menos artístico que cabe imaginar, debajo de

cuyo centro se halla la puerta de entrada al taller como único claro para dar luz al operario. Una escalera de piedra con seis peldaños, en la izquierda del edificio, parte de frente á él, hasta alcanzar el dintel de la puerta de entrada á las habitaciones, comunicando con el principal y único piso habitable; y, con solo pared cerrada por este costado, déjense ver en la parte posterior de la casa en cuestión dos—más que ventanas—tragaluces ó ventiladores desemejantes. Por la derecha, únese á la morada de otra familia.

Dentro del obrador, en la esquina primera de la derecha, á unos 7 cm. del suelo, está colocada una rueda pesada de 70 ú 80 cm. de diámetro y 8 de espesor, á la que el brazo del operario impele el movimiento de rotación sobre su eje, fijo por la parte inferior á una pieza sujeta al pavimento del taller.

Todo el aparato es de madera.

En el centro de la rueda, colócase el barro ya en condiciones de ser trabajado, y después de imprimir el movimiento dicho, abandonada á la acción de la inercia en su vertiginoso rodar, mientras dura su impulso, lo aprovecha el alfarero para modelar admirablemente, tal es su costumbre en estos trabajos, el cántaro ó botijo que va á dejar en estado de exponer al sol, para luego, ya barnizadas las piezas *finas*, llevarlas al horno como último momento de su confección.

Completan el aparato, como sus accesorios, un trozo de badana, siempre mojada, con la que perfeccionan ó alisan el exterior de las vasijas; un cántaro con agua natural necesaria para rociar el barro y para mantener siempre empapada la badana, y un duerno—al decir, en castellano lebrillo,—de madera, de unos 2 m. de largo y 1 de ancho, por 50 cm. de profundidad próximamente en el que, con solo el agua y una sustancia para darle color, amasan el barro ya perfectamente tamizado.

Dicen aquellos alfareros, y no puede negárseles la razón, que es muy difícil la práctica de su trabajo, ó mejor dicho, el llegar á adquirir la seguridad que ellos tienen en la manera de dar forma á sus producciones.

Gira rápidamente la rueda á que hemos aludido, y entre tanto, con ambas manos desprovistas de todo instrumento, hunden la izquierda en el centro de la masa, que ya vimos colocada sobre la máquina, mientras que con la derecha, por la parte exterior, oprimen suavemente el barro, y á medida que lo estiran va tomando la forma cilíndrica-hueca, de la cual fácilmente le hacen salir, ya abriendo ó ya estrechando más el hueco, merced á la blanda liga que esta masa ofrece, hasta darle la forma deseada.

Sécansé, después de formados, durante tres ó cuatro días al sol, antes de barnizarlos y exponerlos á la cocción en los hornos que pasamos á describir.

Están estos formados por una pared circular de mampostería, en forma de tubo algo embudado, de una cavidad aproximadamente de 2,50 m. de diámetro y descubiertos por la parte superior.

Se construyen en un terreno sumamente inclinado, á fin de que por un lado quede la altura del horno al igual del monte—ya veremos con qué objeto—y por el otro presente la pared una elevación total como de unos 5 m. A 2 escasos del suelo, y sirviendo de base á las vasijas que se someten á la acción del fuego, tiene un fondo cubierto de agujeros en forma parecida á la piel de criba, debajo de la que ha de colocarse el *roso* (tojo corto) ó material combustible, introducido en el horno por una pequeña boca cuadrilátera. Sobre la dicha tapa taladrada, dejando descubiertos los agujeros para que por ellos salga el calor de las llamas, colócanse las piezas construídas, en secciones varias, apoyando en los cantos de la primera la segunda, en esta la tercera, y así sucesivamente, hasta que no admite más la cavidad de 3 m. y pico que sobre el hogar mide el horno en cuestión.

Una vez así preparado todo, préndese fuego al combustible, que deberá arder veinticuatro horas, después de las que, y aprovechándose de estar tan alto el terreno, por un lado, como la parte más elevada del tan repetido aparato para la cocción, acuden á taparle cuidadosamente para procurar se conserve la alta temperatura el mayor tiempo posible, es decir, para que no se enfríe de repente, pues un brusco cambio de temperatura daría lugar á la más excesiva fragilidad en los objetos de nuestra industria alfarera, que habrán de quedar ya en disposición de llevarlos al mercado en condición de ser utilizables.

Presentan sus máquinas—según dejamos apuntado—el aspecto más primitivo, tanto en lo que se refiere al modo material, por decirlo así, que tienen de preparar las primeras materias, como el barro, cuanto en lo que respecta á sus instrumentos.

Aquí no se encuentran etapas, puesto que, si vamos á investigar cómo estos industriales adquieren los instrumentos, solo encontraremos que, lo mismo que sus funciones, pasaron de generación en generación; por tanto, esta investigación solo nos servirá para confundirnos. Siempre fueron así; nada en ello han influido esas trascendentales revoluciones que en todo parece han tomado parte, trayéndonos, como consecuencia, los adelantos en casi todas las industrias, ya porque el progreso se imponía, ya porque el hombre, imitador por naturaleza, comprendiendo la utilidad y economía de tiempo, trabajo y capital, vió la necesidad de desterrar antiguos usos, dejándose arrastrar por la fatalidad del progreso.

Puede muy bien—dijimos—esta industria

cerámica, retirada á tan pequeña localidad de Asturias, traer origen celta. Pero, así aislada, y ensimismado el pueblo, no se preocupó de los adelantos del arte, sino de vender sus productos, única base de su modo de vivir; y por estar tan retirada, no han podido llegar hasta aquí las consecuencias de las revoluciones que señalaron nuevas direcciones á las industrias. Por eso puede decirse que la ley del progreso se advierte bien poco en esta clase de pequeñas industrias, que casi deben ser contemporáneas de los primeros patriarcas y pueblos del mundo. Acaso sea motivado tal atraso por la supina ignorancia de estos alfareros que, haciéndose refractarios á los adelantos en otras partes en la misma fabricación, mostraron apatía á la luz que pretendía disipar las tinieblas. Del mismo modo podría estar influído este atraso porque la primera materia, el barro, no tenga las condiciones exigibles para la construcción de esas vasijas que en la alfarería moderna tanto llaman la atención. Pero no es así, puesto que á los mismos alfareros les hemos oído asegurar que fácilmente encontrarían el barro á propósito para fabricar loza fina. De suerte que la causa no es otra que la que caracteriza en España todas las industrias, la falta de energía: ir siempre á la cola de las demás naciones, sobresaliendo Asturias mucho en este gravísimo defecto, pues acaso sea la provincia que más agarrada está á sus antiguas tradiciones, usos y costumbres en materia de adoptar los instrumentos perfeccionados, que hacen el trabajo menos forzado y más productivo, como se está viendo entre nuestros campesinos (y en otras industrias), que, aferrados á antiguas tradiciones, no abren fácilmente los ojos á los adelantos del arte, sino cuando ven el imposible de vivir, esto es, cuando las industrias y los explotadores extraños nos demuestran, con hechos harto palpables, que si no aceptamos el progreso tendremos que dejarnos invadir por la miseria. Hé aquí una de las causas del atraso en las naciones; y si hicieran esto los que van á la cabeza de la civilización, jamás podríamos esperar á vivir con tanta economía, ni la riqueza aumentaría, ni las necesidades económicas estarían bien satisfechas.

Pero vengamos á nuestro pueblo de Faro, objeto del presente estudio.

Chocó á nuestro querido profesor, como así lo hizo constar á los alfareros, que cada familia, en cada casa tuviera una de esas industrias, siendo así que juntándose todos por las grandes ventajas que reporta la cooperación y división del trabajo, les sería mucho más fácil, se proporcionarían mayores economías, teniendo de esta suerte mejor satisfechas sus necesidades económicas.

Mas ante respuesta tan compendiosa como poco lógica, al decir que cada familia se bastaba á sí propia para sus fabricaciones, hubi-

mos de callarnos todos y considerar que aún no comprendieron, en su larga práctica de productores, las inmensas ventajas de la cooperación.

En efecto, con pequeño esfuerzo, poniendo cada cual bien poco de su parte, podían hacer de todas esas pequeñas industrias una que las comprendiera á todas; los trabajos se harían en mayor escala; los rendimientos serían mayores, puesto que el suelo reúne condiciones sobrado adecuadas para este propósito. De esa cooperación, es decir, convirtiéndose los obreros en empresarios á la vez, la industria se perfeccionaría más, su capital aumentaría por el ahorro y lograría tener crédito con su capacidad productiva, sin el cual es bien imposible el desarrollo de las industrias.

Y no inútilmente creemos haber dicho que se perfeccionaría la industria, saliéndose de esos moldes rutinarios en que se encuentra á pesar de su inmemorial existencia: porque consistiendo la división del trabajo en la separación de las operaciones productivas, esto es, en la descomposición del esfuerzo total que exige la satisfacción de las necesidades materiales, ó concretándonos más aún, dedicándose cada obrero á determinada función, y cuando más á un corto número de ellas, á la vez que se ejercitan estas se irán perfeccionando, porque las facultades del hombre tienen un especial desarrollo en él, determinándose alguna con más intensidad en cada individuo, resultando una aptitud predominante para ciertas ocupaciones, el aumento de destreza del obrero y disminución de su esfuerzo, economía de tiempo, y como consecuencia de capital, á la par que cabe utilizar todas las aptitudes.

Pero si esto es aplicable á infinidad de industrias, puede objetárenos, ésta se resiste á adaptar aquellos principios, no por la cuantía de sus diversas operaciones y elementos necesarios, sino por la precaria situación de dichos alfareros y la muy reducida cultura en que se encuentran.

Verdaderamente cierto es que su pobreza y su miseria no pueden llegar á ser mayores; pero alguna parte tienen ellos en ella, como habremos de probar más adelante con datos auténticos; entonces veremos que, si dieran mejor empleo á sus rendimientos, tendrían en tiempo relativamente corto ahorros. Mas si la inversión de esos productos se hace en la satisfacción de las necesidades que nosotros denominamos ficticias, los ahorros jamás llegarán á serlo para ellos sino en el nombre. Además, la experiencia ha demostrado multitud de veces que esos inconvenientes pueden vencerse, como nos dirían los obreros de Bélgica, Francia y Alemania, que al principio creyéndose impotentes ante innumerables obstáculos, no obstante luego hubieron de ver que con la asiduidad y la buena administración sus indus-

trías iban floreciendo paulatinamente; pudiendo decirse, hablando en general, que á asociaciones de esta índole les está encomendada la solución de interesantísimos problemas económico-sociales.

Aún hay más: si todos esos dispendios en satisfacer necesidades ficticias fuesen aplicados á la satisfacción de las verdaderas, la constitución física y moral de los trabajadores sería muchísimo mejor; estarían más ágiles para sus rudas tareas y, bien alimentados, podrían emprender otras que ahora les parecen absurdas por lo imposibles para sus fuerzas.

Cierto que la falta de cultura influye sobradamente en que su situación sea precaria; pero no será porque carezcan de elementos para ello; es decir, maestros tienen que á bien poca costa harían de sus hijos, sino unos sabios, hombres más cultos que, con los más elementales conocimientos, obtendrían suma utilidad. Pero, por desgracia, les sucede lo que á todos los pequeños pueblos de Asturias: que á los hijos, hasta que no llegan á poder servir para los trabajos manuales, sus padres no se cuidan en lo más mínimo de educarles; y en cuanto los consideran con suficiente resistencia, los dedican ya á penosas tareas. El padre que más hace es enviar los hijos los primeros años de su existencia á la escuela, en cuyo tiempo es imposible aprendan mucho, y ya á esta edad se les da ocupación en los trabajos á que sus padres se dedican. Por eso, mientras el Estado no establezca la enseñanza obligatoria y prefije una conveniente edad á partir de la que puedan dedicarse los niños al trabajo material, tardará en penetrar la ilustración en las aldeas y aun en las ciudades, en que por desgracia muy abandonada está todavía.

Están generalmente los niños en edad para aprender aquel oficio de diez á doce años; pero ya antes empiezan por dedicarlos á extraer el barro, llevarlo al taller, reducirlo á polvo y colocar al sol las vasijas, objeto de esta industria para que, bien secas, puedan ser introducidas en el horno. Así van los niños poco á poco acostumbrándose al trabajo, llegando de lo fácil á lo difícil, hasta salir diestros alfareros.

Las mujeres también se ocupan en estos mismos trabajos que los niños, á más de llevar al mercado grandes cargas de pucheros.

Ahora bien; dado caso que todo el pueblo que se dedica á esta industria conviniera en refundirla en una sola para que resultase una gran fábrica bien organizada que dispondría de brazos tan adiestrados para el desarrollo del trabajo, resultarían las siguientes ventajas:

*Primera.*—Disponer de un local que no tendría comparación con los existentes hoy; sería más higiénico; el frío del invierno no les impediría trabajar, como en la actualidad sucede, hasta hora bastante avanzada de la mañana.

*Segunda.*—La perfección de la industria, puesto que las máquinas se habrían de ir modificando á medida que el ahorro aumentase el capital activo, y con la división del trabajo, sin necesidad de estudiar mucho los adelantos de las fábricas modernas, podrían competir con ellas.

*Tercera.*—Los terrenos donde encuentran el barro llegarían á ser propiedad suya y además les proporcionarían el combustible vegetal, caso que adoptaran los antiguos procedimientos en la cocción.

*Cuarta.*—Los trasportes se harían con más facilidad y con mayor cuidado, porque estando todos interesados en la mercancía, procurarían en común evitar los desperfectos, cosa que ahora no sucede, porque son contratistas quienes por cierto precio se comprometen al transporte.

*Quinta.*—Se impondría la necesidad de la formación de una sociedad cooperativa de consumo, cuyos beneficios en poco tiempo serían incalculables; y

*Sexta.* Llegarían á desterrar la miseria en que hoy se ven envueltos; su alimentación sería más nutritiva, sus habitaciones, hoy miserables pocilgas, tendrían mucho mejor aspecto y condiciones más adecuadas para la vida, porque la industria se desarrollaría con mayor intensidad y las ganancias en proporción serían mayores.

Antes de exponer el importe del producto y gasto anual en esta industria ocasionado, creemos oportuno averiguar el de una hornada para mayor precisión é inteligencia: pues que trabajando cierto número de días y otro determinado de personas, se prepara una hornada que constituye así como una de las distintas etapas durante el año, ya que sin antes cocer la primera no se propasan á hacer otras.

Es, no obstante, difícil de determinar con precisión esto, porque como cada casa es un taller ó una industria y se evita en cuanto sea posible tener obreros que les ayuden, todos los que viven en familia trabajan para el común con ahinco. Podemos, aunque en muy humilde escala aquí, ver la verdadera cooperación, así como la división del trabajo en las pequeñas industrias: el padre, la madre y los hijos se reparten el trabajo; uno construye, otro prepara el barro, y la mujer, después de cumplir los deberes domésticos, pasa á convertirse en hábil obrera, prestándose además muy bien para trocar, en el mercado, el producto de aquel trabajo en dinero.

Así, pues, adoptamos un medio prudente en la averiguación de esos *gastos* tomándolo desde el momento en que comienzan á reunir y preparar las materias que constituyen la base de esta industria, hasta que, completamente acabada, se pone en condiciones de poder venderse.

Empezando por el barro, diremos que el

gasto que puede ocasionar el extraerlo y trasportarlo en cantidad suficiente para una hornada, es el siguiente:

	Pesetas.
Invierte en cavarlo un hombre y trasladarlo al taller medio día, y caso de comprarlo, su precio será el de 25 céntimos de peseta, más 75 que importa la extracción y transporte. . . . .	1,00
No está el barro después de extraído en disposición de ser utilizado en el objeto que se persigue, sino que precisa secarlo y reducirlo á polvo, cribarlo, y por último, humedecido, convertirlo en pasta, por cuyo trabajo podemos calcular medio día ó el jornal de. . . . .	0,50
Ya está en disposición el barro: solo falta que el alfarero se ponga á modelar los cántaros, platos, tubos, etc. Pero aquí entra ya lo más importante del trabajo, es decir, lo más difícil de la industria y lo que representa el verdadero valor de ella. Teniendo en cuenta esto, diremos que el tiempo que en fabricar una hornada ocupa á dos hombres es de tres semanas, cuyo jornal es de 75 céntimos diarios en dinero, más la alimentación y tabaco que representan 1 peseta. Total 1,75 peseta. . . . .	63,00
Asimismo se ocupa un niño ó mujer en ir tomando del alfarero los objetos concluidos y colocarlos convenientemente para que se sequen. Su jornal es de 50 céntimos, más la alimentación que supone otros 75. Total 1,25 peseta. . . . .	22,50
En este tiempo va incluido el que se invierte en barnizar y colocar los trabajos en el horno para la cocción. El barniz ó esmalte de que revisten las vasijas, compuesto de sustancias químicas, como sulfato de cobre, plomo y bismuto, convenientemente disueltas, tiene un coste aproximado de. . . . .	28,50
El combustible vegetal de que echan mano. . . . .	22,50
Como el transporte á los puntos lejanos—que son Gijón, Avilés, Mieres, Langreo, Siero, etc.—no puede hacerse á hombro, y sí á otros más próximos á Faro, como Oviedo, que cuesta menos, el precio será de. . . . .	15,00
<i>Es por tanto el total de gastos que una hornada ocasiona. . . . .</i>	<u>153,00</u>

En cuanto á los *productos* de esta industria, siendo imposible hacer una detallada indicación de los resultados de la venta de cada cosa por sí, lo aglomeramos, no sin antes hacer notar que el precio de estos objetos de alfarería está en razón de su mayor ó menor perfección y tamaño. Así, por ejemplo, una docena de tazas bastas vale 25 céntimos de peseta, mientras que una docena de tubos para cañería importa 15 pesetas. Ciertamente que el horno lleno de tazas contendrá un número mucho mayor que estos tubos que tienen una dimensión de 28 por 10 ó 12 centímetros.

No olvidando esto, diremos que una hornada da un ingreso de 170 pesetas, de modo que obtendremos:

	Pesetas.
Ingresos. . . . .	170
Gastos. . . . .	153
<i>Productos . . . . .</i>	<u>17</u>

Ahora bien; si sabemos lo que se invierte y las ganancias que se obtienen en una hornada,

fácil nos es averiguar las que resultan en un año, que es:

Diez y ocho hornadas en un año al precio de 153 pesetas, ó sea:

	Pesetas.
Ingresos. . . . .	3.060
Gastos. . . . .	2.754
<i>Ganancias. . . . .</i>	<u>306</u>

Estas son las utilidades, en el supuesto de que todos esos trabajos hubieran de ser pagados; pero no es así, excepto en casos de absoluta necesidad, cuando los muchos pedidos les obligan á buscar obreros, puesto que la faena se verifica por personas de la familia, que viven en ella. Esos jornales quedan al dueño del taller casi en su totalidad, excepción hecha de lo que se paga por transportes, barniz y combustible.

Este dato nos sirve para que, no aventurándonos en hipótesis, digamos que excluyendo de los gastos de un año, ó sea: de las 2.754 pesetas, el precio de los transportes (270), barniz (513) y combustible (405), que alcanza á 1.188, queda en su favor el importe de los jornales, que representa la suma de 1.566 pesetas; más las ganancias, esto es, las 306, unidas á las 1.566, resultará en su favor la cantidad de 1.872 pesetas.

Réstanos ahora averiguar cuáles son los *gastos domésticos*, no olvidando que para ello tienen las 1.872 pesetas. Para esto y por el término medio que ofrecen los datos censuales hechos en el pueblo mismo, puede calcularse que cada familia se compone del padre, de la madre y de tres hijos, y son sus gastos aproximados los siguientes:

	Pesetas.
Cuatro copines de maíz cada semana. . . . .	5,00
Leche, huevos, sardinas—generalmente arenques—según sea uno ú otro. . . . .	2,50
Grasas—aceite, tocino, mantecas de vaca y cerdo. . . . .	4,00
Vegetales—berzas, patatas, judías. . . . .	3,25
Combustible. . . . .	1,00
Sal y otros ingredientes para el condimento. . . . .	0,50
Alumbrado. . . . .	0,40
<b>TOTAL. . . . .</b>	<u>16,65</u>

Si una familia cada semana gasta en alimentarse 16,65 pesetas, en un año gastará 865,80 pesetas; es decir, 2,37 pesetas próximamente diarias.

Incluyamos ahora lo que puedan gastar en vestir, pero adviértase que en esto son sumamente parcos, como lo indica el no gastar un traje en cuatro ó cinco años; este traje, que es de paño, solo le usan los domingos, y para los días de labor tienen otro mucho más malo. Ropa interior, apenas la gastan, teniendo el que más, tres ó cuatro camisas de hilo casero, con otra susceptible de ser planchada para los domingos.

El vestido de diario es de tela basta, y con

LA BIBLIOTECA  
DE BARCELONA 88

las innumerables composturas que en muchos hemos visto, puede asegurarse que de tarde en tarde compran traje para el trabajo. De modo que no creemos aventurado decir que la cantidad invertida en esto anualmente no excede para toda la familia, de ptas.	75,00
Renta de la casa y escasas fincas que cultivan..... »	52,50
Mueblaje y reposición de ropa de casa..... »	20,00
Alimentación..... »	865,80
<b>TOTAL..... ptas.</b>	<b>1.013,30</b>
<i>Ingreso liquido..... »</i>	<i>1.872,00</i>
<i>Les quedan libres. ... »</i>	<i>858,70</i>
Descuento de esta cantidad del 25 por 100 para gastos imprevistos y contribución »	214,67
<i>Resto á su favor..... »</i>	<i>644,03</i>

Parece increíble que, como vemos, una familia compuesta de cinco personas pueda vivir con 2,18 pesetas diarias, y sin embargo es muy cierto: á no verlo, no lo creeríamos.

Ya hemos visto que la propiedad de estos infelices se reduce tan solo á un taller; pero suelen encontrarse familias como la que nos ocupa, que posee algunas áreas de terreno laborable, aunque con poco rendimiento por las malas condiciones del suelo, que apenas se dedican á trabajar; no obstante, el producto que del cultivo de estas áreas sacan al año equivale bien al gasto de la alimentación de un mes y, unido al ya citado ingreso, resulta un aumento en él de 71,10 pesetas, que unido al sobrante á su favor, equivale á un total de 929,80 pesetas.

Por consiguiente, después de alimentados y vestidos pésimamente, obtienen un ahorro anual de alguna consideración; pero es preciso fijarse en que se ha calculado un gasto que es sumamente estricto, y que una enfermedad, el nacimiento de un hijo, la recomposición de la casa, cualquier pequeño desperfecto en la herramienta, la pérdida de una hornada, etc., pueden reducir á cero el sobrante.

La capitalización de esa cantidad algo pudiera mejorar la situación del pobre obrero, y mucho si se asociaran; pero, por desgracia, gran parte de él queda en casa del tabernero, de quien estos infelices son asiduos parroquianos en los días de fiesta y muchos otros de labor.

No pretenderemos disculpar este vicio apoyándonos en que también estos seres necesitan expansión como los de las grandes ciudades; pero obsérvese que no por errar la mayoría de los hombres habrán de seguir los demás la misma ruta. Además, creemos que el mejor placer, más que el de apagar el deseo del vino, es mitigar los horrores del hambre

con manjares más succulentos que los que atrás hemos podido observar les sirven diariamente, pues ni la carne entra en sus ollas siquiera de tiempo en tiempo. Por eso disculparíamos el que no tuvieran ningún ahorro, si todas sus ganancias las invirtiesen en la alimentación y vestido, pues al fin serían más vigorosos, trabajarían con más ahinco y podrían considerarse algo más felices.

Por último, como quiera que ya hemos procurado dejar estudiado todo cuanto á la industria de Faro se refiere, daremos por terminado este tan modesto como mal pergeñado trabajo, no sin antes dedicar un párrafo á nuestros colegas Manolo A. Buylla y Eduardo Pumariño, que no en vano portaron sus máquinas hasta Faro y de vuelta á la ciudad.

Hemos dicho que desde Los Arenales impresionaron cada cual una placa después de enfocadas sus máquinas á Oviedo (1). Por otra parte, en Faro, primero un grupo de estudiantes absortos en la contemplación del modo de fabricar los objetos de la industria alfarera; aquí otros artísticamente colocados al lado de alguna casa, verdadero tipo de las que componen el pueblo; más allá varios aldeanos asomados á la puerta de su choza, y en otro lado unos cuantos excursionistas apiñados ante el objetivo, han sido motivo de cuatro apuntes tomados por los *fotógrafos* que, podemos decir dominan este arte con una perfección muy poco común en los aficionados.

Lástima grande que la capacidad de las máquinas no fuera suficiente á retratar en conjunto á cuantos formamos parte de la excursión, pues de este modo, adquiriendo todos ejemplares, tendríamos todos un grato recuerdo de aquel día, digno de perpetuarse en honra del respetado profesor de Economía política y Estadística y Hacienda pública en la Universidad de Oviedo, D. Adolfo Alvarez Buylla y González Alegre.

Y, llegada «la hora en que la luz se hundía tras las montañas,»—al decir de Zorrilla—se dió la voz de regreso, promoviendo la caminata en dirección opuesta; volviendo la espalda al pueblo que atrajera nuestros pasos, para romper filas en las puertas de la capital de nuestra provincia asturiana.

## ENCICLOPEDIA.

### LA CRISIS SOCIAL EN ROMA,

por el Prof. D. José de Caso,

Catedrático de Filosofía en la Universidad de Madrid.

Desde que Roma trasladó fuera de sí el centro de gravedad de su existencia, su vida

(1) De todas estas excelentes fotografías ha tenido que agradecer la *Institución* un ejemplar á sus autores. — N. de la R.



interior fué más precaria cada vez, supuesto que no era una vida propia, alimentada por su misma actividad, sino sostenida artificialmente por elementos prestados.

Las provincias se encargaron de suministrar recursos á la Hacienda pública, ya con los diezmos de los productos de su suelo, ya con una contribución anual en metálico, fuera de las cargas extraordinarias que debían soportar, especialmente en tiempo de guerra. De esa tributación y de la renta de aduanas se nutría el Tesoro, porque de Italia era bien mezquino lo que podía obtener, exenta como se hallaba de impuesto la propiedad territorial, y reducidas á menguados límites todas las fuentes interiores de ingresos.

Con esos productos del suelo y del trabajo ajeno se alimentó en adelante un mundo oficial y un pueblo ocioso; se hermoseó la ciudad en que habitaba; se saneó su campiña; se prosiguió la construcción de acueductos costosísimos, y se multiplicaron las grandes vías militares. Lo que no se destinó á estos fines sirvió para robustecer la masa de asentistas y en general para el medro de todos los ciudadanos ricos, que explotaban el ascendiente político de Roma en beneficio de sus intereses particulares. Así se creó esa oligarquía de capitalistas que concentró en sus manos parte de las rentas del suelo itálico y provincial, los productos del comercio y los cuantiosos intereses que dejaba la usura: concentración precaria, porque el fiador era el Estado, y las crisis políticas la amenazaban de continuo; concentración ruinosa, porque se hacía naturalmente á expensas de las pequeñas propiedades y las modestas fortunas, devoradas en mayor escala cada vez por el imperio absorbente del capital. La desaparición de las clases medias, anunciada en el período anterior, era ya un hecho; lo era, por lo menos, su ruina económica, una vez desheredadas de la tierra, y no pudiendo contar con el recurso de la industria, abandonada por todos y reducida á una inactividad inconcebible.

Las capas ínfimas del populacho, engrosadas con los despojos de esas clases productoras, recibían del extranjero nuevos contingentes: los enjambres de esclavos que llegaban de Siria y del Asia Menor; la muchedumbre de mendigos, de vagos, de intrigantes y hasta de criminales de todos los países, acogidos á la munificencia de la gran ciudad, que alimentaba con sus distribuciones de trigo aquel monstruoso proletariado, mezcla de escorias é impurezas sociales, sin más vestigios de civilización que un tinte de helenismo grosero adquirido en el roce con los griegos ó semi griegos más incultos llegados del Oriente.

Así, el pueblo de las clases inferiores, después de perder posición y fortuna, perdió hasta su carácter nacional, para convertirse en un populacho cosmopolita. Las clases su-

periores conservaron su posición y aumentaron su fortuna; pero también fueron perdiendo su carácter nacional y sus costumbres patrias al contacto con los griegos distinguidos, que antes sólo habían residido temporalmente en Roma y en Italia en general, y ahora empezaban ya á establecerse. Pero tampoco era el verdadero y puro el helenismo éste que ganaba á la alta sociedad, sino el helenismo decadente, privado también de su sello original tiempo hacía, y degenerado en un vulgar cosmopolitismo. No era, pues, solamente en el orden económico donde Roma no tenía vida propia, sino en todos los órdenes.

Su religión, falta de vitalidad ideal para renovarse con el curso de la historia, acabó por no ser sino un eco apagado de otras edades, poco distinto é inteligible para los nuevos hombres: se petrificó más cada vez. Ya lo demostraban, en el período anterior á las luchas civiles, el predominio creciente de las exterioridades del culto en que desde antiguo propendía á encerrarse, y el carácter interesado de los servicios del sacerdocio, á la vez que la negligencia que empezaba á advertirse en el cumplimiento de sus funciones. Ayudaba á esta decadencia de la antigua fe el progreso intelectual promovido especialmente al contacto de Grecia, y el ejemplo é influjo de su espíritu descreído de entonces. El puesto que ocupó en las almas esa antigua fe, quedó abandonado á las supersticiones que la acompañaban; y dueñas estas del campo, no hubo obstáculo serio á la invasión de todas las demás supersticiones. Penetraron las orientales. Roma no tardó en ceder un lugar entre sus divinidades públicas á la gran madre Cibele, importada bajo la efigie de un pedrusco informe; y celebró, en honor de la frigia deidad, orgías que antes hubiesen sido imposibles, y que á la sazón no sólo eran posibles, sino que pronto dieron sus frutos: las orgías é infamias de la inaudita cofradía de Baco (1). Si, tras este descrédito, necesitaba un nuevo golpe la religión nacional, se lo dió el espíritu crítico inculcado en Roma por los sistemas religiosos histórico-racionalistas que, como el evhemerismo, resolvían los mitos en biografías de antiguos bienhechores, divinizados por la credulidad supersticiosa, y acabó de dárselo la filosofía, debida, como toda la cultura intelectual, al influjo helénico y representada en Italia por el epicureísmo, el Pórtico y la Academia.

Todas estas escuelas, aparte sus diferencias doctrinales, convenían, bajo el punto de vista religioso, en la necesidad de unir á la fe la reflexión. Eran un apoyo sospechoso para la religión romana, y el gobierno empezó por tratar como enemigos á sus patrocinadores:

(1) Véase el tomo II de la *Historia de Roma*, de Bertolini, pág. 311.

BIBLIOTECA DE LA BIBLIOTECA DE BARCELONA

despidió de la ciudad á los maestros de filosofía y de retórica. Pero fuerza era abrir los ojos á la luz: la antigua religión carecía de su sostén natural—la fe—y así se transigió con el que pudiera prestarle la filosofía, no por estimarlo bueno, sino por no encontrar otro. Cupo esta misión galvanizadora al estoicismo, el que más se prestaba á una alianza con la religión agonizante, puesto que el carácter abstracto de su concepción de la divinidad dejaba un amplio margen para admitir las representaciones puramente alegóricas de los romanos á título de manifestaciones del dios primitivo. El estoico, por otra parte, no desdeñaba la fe del pueblo: era una revelación espontánea de sus luces naturales, un saber instintivo que importaba conocer y apreciar. Y luego el espíritu práctico de Roma hermanaba bien con esa filosofía que se alejaba de la especulación pura para acercarse á la vida diaria; que aprovechaba la pasada labor del pensamiento griego para construir, no un sistema teórico, sino un plan de conducta, una moral—moral formalista y medio semita, adecuada al gusto romano, y cuya ley coincidía con la de la metrópoli del mundo en punto á la sumisión pasiva que exigía del individuo.—De esa suerte podía ser un credo en sustitución del que perecía, y con tanta más razón cuanto que cobijaba un fondo de resignación, de pureza y de serenidad, simpático, no ya al romano gentil, sino después al cristiano y en general al hombre: porque, ¿quién no es estoico alguna vez en su vida? Así, la nueva doctrina, empezó á hacer prosélitos entre las altas clases; reclutó adeptos en las filas de las notabilidades de la política y de la ciencia; ganó, en fin, los espíritus ilustrados que no podían suscribir incondicionalmente á los antiguos dogmas.

No fué sin hacer concesiones. La especulación, tan antipática para el romano, débil ya en el sistema, se relegó á un segundo término, y se redujo á proporciones tan mezquinas, que bien puede decirse que acabó por anularse; sobre todo, cuando incluída la ciencia estoica en el programa de la educación elemental, hubo que ponerla al alcance de las inteligencias infantiles y convertirla en una filosofía inocente. Pero á este precio se entronizaba en el gran Estado del mundo, y no se detuvo en la pendiente de las concesiones: pasó por la doctrina de la revelación divina, base de la ciencia augural, ó, más breve, pasó por todo lo que había servido de fundamento hasta allí, en la conciencia de los hombres, á las instituciones políticas de Roma—y no se consideraba entonces sino como una institución política la misma ciencia augural.—Todo esto, se supone, lo aceptó ostensiblemente, por razones de conveniencia, como instrumento de gobierno: á eso se había reducido la antigua fe bajo las inspiraciones de esta pseudo filosofía, que sugirió la necesidad de mantener

una religión muerta en la conciencia de los gobernantes como religión del Estado, como institución oficial, sin ver que también estaba muerta en la conciencia de los gobernados.

Al vacío que dejaba en las almas esta religión convencional se precipitaban en mayor afluencia cada vez las supersticiones orientales, cundiendo con una rapidez maravillosa, y enseñoreándose de multitud de espíritus en todas las clases sociales, incluso las más elevadas. Hasta personas de la más alta distinción creían en los signos y los oráculos; la muchedumbre prestaba crédito á los milagros. Los augures y arúspices encontraron competidores en las gentes que leían el horóscopo y decían la buenaventura. Por primera vez hubo sacerdotes romanos que hacían un voto, tan opuesto á las creencias y obligaciones de ciudadano antiguo, como el de permanecer célibes. Cultos sombríos ó grotescos hallaron plaza franca en esta época; Isis, Osiris y Anubis se naturalizaron en la República decadente. Y fueron los más populares en la gran masa inculta. Las mujeres de dudosa moralidad, cuanto más pecadoras más devotas eran de Isis, de la madre de la naturaleza. Cibeles, la diosa frigia, no había perdido nada de su boga. Tocó, en fin, la vez al culto persa; pero no fué su gran Ahuramazda el que conocieron y adoraron los romanos, sino el dios solar Mithra, concepción más añeja, aunque harto radiante para el caos religioso en que se abismaba la conciencia de Roma.

No era, no, la ruina económica la única que á la ciudad amenazaba, sino la ruina moral, de más difícil remedio todavía, y que, una vez consumada, haría imposible detener los estragos de la primera. ¿Qué luz y abnegación quedaría para tanto en los espíritus?

Y no hay que decir que, si Roma abrió sus puertas á esas invasiones de lo más pobre é infecundo que había producido el espíritu religioso del Oriente, salvo raras excepciones, con mayor motivo las abrió definitivamente á la cultura griega, que era al fin y al cabo *la civilización* del mundo antiguo—lo que hoy la civilización europea para las naciones atrasadas, y más aún, habida en cuenta la diferencia de los pueblos y los tiempos. La inestabilidad de los magistrados romanos, y, sobre todo, el cambio de la opinión pública, dejaron sin efecto el edicto de expulsión publicado contra los filósofos y retóricos; y de proscritos que habían sido los maestros griegos, pasaron á ser los hombres necesarios y solicitados.

Hubo, sin duda, esfuerzos en el terreno de la educación por salvar el carácter nacional del naufragio con que lo amagaban esas olas irresistibles de las corrientes extranjeras. Se quiso educar á los jóvenes en la literatura latina, puesto que había ya alguna, y educarlos por un sistema propio, distinto sobre todo del de los retóricos griegos, tan antipáticos á los

romanos. Rechazaban estos, y con sobrada justicia, aquella enseñanza huera que presumía hacer oradores á patrón, y transmitir el don de la elocuencia por el vehículo de unos cuantos preceptos. Mas, si el naciente espíritu crítico veía claro el defecto, el espíritu productor fué ahora tan impotente como antes para crear nada fecundo en sustitución de lo que combatía. El sentido práctico del romano entrevió la necesidad de ejercitar á los jóvenes en el arte de la expresión; pero dió á este principio la menos feliz de todas las aplicaciones: introdujo en las escuelas los torneos oratorios de la juventud, y, para que no faltase nada, sobre temas convencionales, á fin de adiestrar á los campeones en simulacros de procesos, donde, v. gr., el uno acusaba y el otro defendía á Orestes por el asesinato de Clitemnestra. Fué menester que conspirasen juntas dos grandes decadencias—la griega y la romana—para inferir á la elocuencia esa grave herida llamada la retórica, que todavía no ha bastado á restañar el poder de veinte siglos.

No faltaban á la verdad puntos de vista que hubiesen sido fecundos para la educación patria, con una condición: la de que se hubiesen practicado. Por ejemplo: que el alumno debe aprender ante todo á dirigirse á sí mismo; que la escuela no tiene más que un valor subalterno al lado de la vida, que es lo principal. Pero si estas máximas se pueden ver consignadas en un tratado de retórica del tiempo de Sila, ni presidieron efectivamente á la educación, ni hay que prestarles siquiera, aun bajo un aspecto puramente teórico, el sentido trascendente con que hoy prometen renovar la pedagogía; no eran sino síntomas de una mera reacción intelectual contra el verbalismo griego contemporáneo.

En cuanto á las producciones del espíritu nacional, difícil era que alcanzasen la virtualidad suficiente para ejercer un serio influjo en los destinos de aquel pueblo. Basta fijarse en las pertenecientes á las esferas científicas que cultivaba con mayor predilección. Basta ver cómo, en el período transcurrido desde la sumisión de Grecia hasta la muerte de Sila, la única obra histórica de verdadera importancia—la de Polibio—no es romana, sino, á lo sumo, de autor que podríamos llamar greco-romano, como greco-romano era el imperio para cuya creación se habían asociado las dos grandes nacionalidades de la antigüedad. Los historiadores patrios no salían todavía de la crónica sino para caer en los dominios de la fábula pueril. Basta ver asimismo que es menester llegar á ese período para que aparezca el primer investigador y comentador nacional de los documentos antiguos del idioma patrio—Lucio Ælio Stilo—y el único que enriquece la literatura filológica con trabajos de influencia durable. Progreso de un carácter

general no hay que buscarlo sino donde ya le había: en el derecho. Aquí el adelanto es patente en el fondo y en la forma: adelanto de las concepciones jurídicas, de que es ejemplo notable el cambio que atestigua en la idea del delito el hecho de que, para apreciar la delincuencia, se tienen ya presentes los motivos de la acción, y no solo las circunstancias exteriores; adelanto además en la exposición de los principios, que, bajo el influjo de la filosofía griega, adquiere un carácter sistemático á partir singularmente de los diez y ocho libros del derecho civil de Quinto Mucio Scévola y de sus *Definiciones*. Pero, fuera de esto, el terreno de las ciencias sigue baldío en grandes extensiones, no contando, como no cuenta, con el espíritu investigador que debía fecundarlo. El romano desdeña aún las especulaciones; ya se ha visto á qué se redujeron en el campo que no puede pasarse sin ellas: en la filosofía. No hay, pues, poder inventivo y escudriñador que arranque á la ciencia sus secretos, y los divulgue y utilice en provecho de la vida. Aun los que más inmediatamente interesan, como los que pueden aumentar el pan y la salud del cuerpo—los de la agricultura y la medicina—aun esos permanecen ocultos, porque la agricultura es todo lo hábil que cabe dentro del empirismo, pero nada más; y la medicina no realiza siquiera los progresos que caben dentro de un empirismo inteligente, sino que continúa en un gran atraso.

Y es inútil volver la vista á ninguna otra parte para espiar algún síntoma del espíritu productor. Si la ciencia no lo descubre, el arte tampoco. Nada hay que añadir en esta esfera á lo dicho en los períodos anteriores. Hay más gusto para apreciar la estatuaría y la pintura griega; pero no más vigor para crear. La arquitectura romana empieza á dotar á los dioses de templos de mármol circuidos por soberbias columnatas; y á los hombres, de moradas lujosas y elegantes, adornadas también por primera vez de columnas de mármol; pero lo de menos son esos templos, consagrados á divinidades en que no se creía, y aun esas casas y *villas* de particulares, bajo las cuales desaparecía un suelo que hubiera agradecido más poblarse de cultivos. En un período de crisis como éste, no hay que mirar á las obras de arte, y menos á las del arte elegante y lujoso, por sí mismas, sino para ver si ellas al menos encerraban alguna promesa de ese espíritu productivo que en otras esferas no se había revelado todavía, y que los tiempos demandaban con más imperio cada vez. Pues bien: bajo este punto de vista, el arte no anuncia nada nuevo, porque los elementos estéticos con que se enriquece son debidos á la influencia griega, y aun á algo más que á la influencia: al trabajo directo de los griegos. Ellos siguen siendo por punto general los que hacen las obras romanas, y en ciertos casos, suyas, traídas de su patria.

LA BIBLIOTECA  
DE NEO BARCELONA

hasta esas columnas que ahora decoran los edificios; por ejemplo, las del templo ateniense de Júpiter fueron las empleadas por Sila para adornar el Capitolio romano. El saqueo ó la compra ayudaban á economizar el esfuerzo propio. ¿A qué inventar lo que ya estaba hecho y se podía adquirir?

¡Si se hubiese podido adquirir á tan poca costa el espíritu nacional que faltaba! Pero ¿con qué? ¿con la virtud de la cultura á que acabamos de aludir? No hay que menospreciarla ciertamente. Comparada con la anterior, ofrecía en algunas esferas progresos innegables, y algunos de relevante mérito; y mirando al porvenir, esos progresos se incorporarían á todo el legado histórico que ha hecho posible la civilización europea. Pero no se trata ahora del valor intrínseco de esa cultura, ni de si serviría algún día para alguien; de lo que se trata es de saber si el grado de las energías vitales de sus autores que nos ayuda á reconocer y definir, era ya bastante—puesto que en el período anterior no lo era—para rehacer el espíritu público decaído, para restablecer el equilibrio social perturbado y para impedir la absorción de la nacionalidad romana en ese cosmopolitismo amasado con todos los elementos étnicos fundidos en la atmósfera inflamada de las guerras y por la colisión de opuestas civilizaciones.

Es pregunta que, una vez formulada, no consiente vacilaciones en la réplica. En cuanto á los frutos de la cultura adquirida, los máspreciados é influyentes de este pueblo—los jurídicos—son de los que ejercen en las sociedades una función reguladora y protectora, pero no creadora. La eficacia de las instituciones que engendran, pende de que existan en esas sociedades las fuerzas vivas cuyas relaciones deben normalizar y los intereses que han de poner en salvaguardia; pero sería ocioso pedirles la producción de las unas y el desarrollo de los otros, cuando se secan ó enferman las raíces profundas de donde brotan: las actividades individuales que cooperan á la labor social. El Estado puede favorecer ó entorpecer, dentro de ciertos límites, la vida de un pueblo; pero no dársela, si él no la tiene, ni darle un átomo más de la que tiene. Así, el derecho romano, aunque hubiese sido ya durante la República lo que durante el Imperio, y de eso distaba infinito todavía, hubiese servido para todo menos para restituir á Roma su existencia nacional. Sirvió para conservar una posición oficial en el mundo, como centro del gobierno, cuando su vida propia fué abandonándola; pero sólo una posición oficial.

Decir que su destino acabó por resumirse en ese ministerio, es decir que el resto de su cultura, el que hubiese podido permitirle subsistir como pueblo, y no sólo como gobierno, no alcanzó á tanto. Sin pensar que Roma fuese estéril—porque no es tan llano desentrañar

lo que se debe á la raza y lo que se debe á la historia en la fecundidad ó infecundidad relativa de los pueblos—lo que bien puede asegurarse es que en la época de su juventud, en la única á propósito para el florecimiento de una cultura original potente, su situación era la de un hijo abandonado que tiene que afrontar las luchas de la vida en edad temprana, sin la ayuda y consejo de una dirección tutelar. No era, como Grecia, la hija privilegiada del consorcio del mundo oriental con el occidental, y afortunada heredera de todos los bienes aportados á la unión por sus padres; no había tenido su cuna, como Grecia, en el Egeo, en el hogar de esa unión; no había aspirado, como ella, los efluvios vitales condensados en el cruce de las civilizaciones. Es verdad que no vivía en un aislamiento absoluto—á ser así, no hubiera podido elevarse;—es verdad que á su retiro llegaban ecos de esa escena donde se elaboran los destinos humanos: la distancia no era tan grande; el mar la reducía, y el Mediodía de Italia era una sucursal de Grecia y un centinela avanzado de su civilización. Pero oír los ecos de esa gran elaboración social no era asistir á ella y participar directamente de sus beneficios. Lícito es, pues, repetir que Roma era un hijo postergado; que tuvo que afrontar las luchas de la existencia antes de hallarse preparada por una educación suficiente; y que la necesidad de obrar para vivir no le dejó vagar ni gusto para los trabajos que hubiesen debido subsanar la falta, ni despejo bastante para medirla siquiera en toda su extensión. Quedó, pues, abandonada á la escuela de la vida, y adquirió una experiencia precoz, pero no tesoros espirituales proporcionados á los que podía utilizar y hacer valer esa experiencia. Cuando los conoció en el mismo foco que con mayor actividad los había producido, no estaba todavía en situación de apreciarlo, ni menos dispuesta á envidiar á sus poseedores. ¿De qué les habían servido? Mientras ella era un pueblo hábil y poderoso, la nacionalidad helénica hallábase disuelta, y caía á sus pies. Ella, elevada á costa de esfuerzos gigantescos y de cálculo frío y razonador, estaba ya orgullosa de sí misma. ¿No crecería ese orgullo romano á la vista de Grecia degenerada y sojuzgada, á pesar de todos los prestigios de su genio? ¿No es disculpable Roma si en el primer instante no encontró en aquella grandeza más que un idealismo vano é ineficaz, y se atuvo á sus instintos conservadores y á su sentido práctico? Esperar que reconociese también la insuficiencia de sus propias dotes, que comprendiese la necesidad de una conjunción entre esas dos tendencias de la vida, y que previese para sí un destino análogo al de Grecia en época más ó menos lejana, sería esperar de ella lo que apenas empezamos hoy á ver nosotros. Grecia había muerto por un exclusivismo, y por otro moriría Roma.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA  
DE NEO BARCELONA

Cuando quiso recordar, era algo tarde. El roce de todas horas, durante siglos, con pueblos de las tres partes del antiguo mundo, había ejercido su acción niveladora sobre el romano, desgastando muchos puntos salientes de su antigua fisonomía moral. Habían cedido sus ideas primitivas, y con ellas sus primitivos hábitos. Lo abandonaba la fe, no sólo en religión, sino en política y en todo; entraba en un período de escepticismo; pero no como entró en el suyo la Europa moderna, por una reacción viril contra las inercias tradicionales, que dió alientos al espíritu de investigación y le ha permitido redimirse, con progresos incalculables, de las ruinas que sembró en su pasado. Roma perdía su legado patrimonial, cuando no tenía recursos ni fuerzas bastantes para reponerlo á tiempo. En esas circunstancias el escepticismo es la decadencia; y sus frutos, el desaliento en los individuos, y la relajación en las sociedades. Buscad la resultante última de tantas influencias depresivas y disolventes, y encontraréis las luchas civiles, es decir, la anarquía de los espíritus trasladada á la plaza pública.

Empezaba el fenómeno más grande que ha registrado la historia hasta el presente: la crisis de toda una edad humana—crisis gigantesca que consumiría siglos para desenvolverse, y siglos de acontecimientos extraordinarios.—Porque los resortes cuya relajación anunciaban, como uno de tantos síntomas, las luchas civiles, no eran simplemente los de la vida romana: eran los del espíritu de la antigüedad concentrado en Roma. No hay sino ver la impotencia de las instituciones para atajar los estragos de la disolución, y recordar que tales instituciones representaban los únicos órganos sociales de aquel espíritu, que aún sobrevivían en el mundo. Evidentemente eran órganos gastados, ó mejor, insuficientes para el desarrollo que la historia había dado á sus funciones. Nacidos para el gobierno de una ciudad, resultaban menguados para el de una nación, cuanto más para el del mundo: era poca institución para tanto cada una de aquellas. Y aun así no acertaban á servir al bien de todos sino pidiendo el sacrificio de la personalidad de cada uno. Eran instituciones como podía concebirlas un espíritu guiado por principios simples y exclusivos, y tal carácter tenían todos los de la antigüedad—el carácter con que se anuncia siempre el mundo de las ideas en individuos ó pueblos, al salir de la fase del sensualismo.—Roma organizó sus instituciones según esos principios con una reflexión y un rigor sistemático de que ningún otro país había dado ejemplo. Equivalía á someterlos á la última prueba; equivalía á obligarlos á dar de sí todo lo que podían, y á patentizar á la vez lo que no pudiesen. Las instituciones puramente municipales en que se habían condensado, fueron dilatando suce-

sivamente la órbita de su acción hasta presumir erigirse en instituciones universales, y la omnipotencia del primitivo Estado local sobre los individuos, quiso trocarse en omnipotencia sobre todos los pueblos del mundo conocido. Era natural que el ensayo resultara contraproducente; que condenase á las instituciones á lo contrario de la omnipotencia que pretendían; á una impotencia cada vez mayor á medida que más rebasaban sus límites naturales; y que todo, pues, conspirase al descrédito de los principios que las habían inspirado. ¿Quién se cuidaba de ellos en esta época de escepticismo?

En circunstancias así, cuando callan las ideas y las instituciones, surgen los gobiernos personales. Roma, en donde el ciudadano no había sido más que el servidor humilde del Estado público, ante cuya grandeza debía eclipsarse la del cónsul ó la del general, como la del último plebeyo ó la del ínfimo soldado; la ciudad orgullosa donde no era lícito descollar á nadie, porque nadie tenía más mérito que el de ser miembro de ella, ni más prestigio que el que su sombra le prestaba, ni más gloria, en fin, que la gloria de su nombre radiando en todos sus hijos; esa Roma no fué ya más que César. Es verdad que ostensiblemente se proclamaba la soberanía del pueblo, y se pedía la expresión de su voluntad en la asamblea de los ciudadanos; pero la cooperación legislativa de los comicios no era más que una fórmula destinada á proteger el nuevo régimen, despojándolo de las apariencias, aunque dejándole la realidad del absolutismo monárquico. El que venía siendo el soberano de hecho—el Senado—quedó reducido á lo que había sido en la época de los reyes, á un cuerpo consultivo. Desapareció además su constitución privilegiada, desde el instante en que se aumentó considerablemente el número de sus miembros, y en que el influjo de César en los colegios electorales aseguró el ingreso de senadores adictos, siempre que se trataba de completar la cifra establecida. Ahora: esos miembros procedían de todas las clases sociales; de forma que el Senado dejó de representar definitivamente á la aristocracia para dar cabida en sus filas á plebeyos y hasta á extranjeros: innovación de cuantía, si el Senado hubiese seguido siendo lo que durante la República, porque hubiese equivalido al ingreso de los diputados del tercer estado en las asambleas de los pueblos europeos; pero en las circunstancias en que ese ingreso se verificó, no tuvo más objeto ni produjo más efecto que acabar de anular el poder aristocrático, y convertir al que había sido su órgano principal en instrumento del nuevo poder autocrático.

Claro es que todos esos magistrados de la ciudad, de que la República había querido hacer magistrados generales del mundo romano, se redujeron á lo que habían sido en un

principio y á lo único que podían ser: á magistrados locales. Fueron menos que eso, puesto que, agotada la representación efectiva á que debieron su existencia, claro es que el dictador no pensó en reanimarla; lo que hizo fué dejarles una representación nominal: eran muertos ilustres cuyos cadáveres proyectaban sobre el César sombras protectoras. No eran más que eso. La autoridad consular, refundida completamente en la del *Imperator*, quedó anulada; y el llamarse cónsul valió simplemente como un título para desempeñar gobiernos de provincia. En cuanto á los pretores, cuestores y ediles curules, la mitad de los nombrados anualmente fueron en lo sucesivo hechura del mismo *Imperator*, puesto que tuvo el derecho de proponer candidatos en esa proporción, y los electores el deber de aceptarlos. Sólo quedó libre la elección de los cónsules—libertad indiferente, puesto que nada había de significar el elegido al lado de César—y la de los tribunos y ediles de la plebe, que era político dejar en pie por respeto al carácter popular que el nuevo régimen se atribuía, y de poca consecuencia, ya que esos poderes aislados no debían inspirar serios celos. En fin, la religión nacional, degenerada en religión de Estado, pudo prestar al dictador el mismo servicio que á la oligarquía precedente, sin más que reservarse el primer puesto en la jerarquía religiosa, asumiendo las funciones de pontífice máximo y augur.

La abdicación del pueblo era completa, y el poder *político* de César, absoluto; pero no el *humano*. Si un genio pudiese impedir la disolución de un mundo, César hubiese impedido la del antiguo. Hizo lo que cabía: prescribir un nuevo régimen adaptado á las circunstancias, reorganizar el Imperio, moralizar la administración, salvar el peligro del momento, y trazar un plan de conducta para el porvenir. Reprimió la anarquía, despojando á las leyes de las limitaciones que mermaban su eficacia, y haciendo funcionar severamente á los tribunales; desahogó la capital de parte de la turba que la agobiaba y desmoralizaba, promoviendo su emigración para colonizar otras tierras allende los mares; trató de limitar en cambio la emigración italiana para contener la despoblación de la península; ofreció al proletariado ocupación, dando impulso poderosísimo á las obras públicas para remediar la falta de la industria, tan difícil de improvisar; se esforzó en aliviar la suerte del deudor, en poner diques á la ola avasalladora del capital mediante leyes sobre la usura, y sobre todo en arrancar al hombre de sus garras, permitiéndole responder al acreedor con su propiedad, poca ó mucha, pero no con su persona; aplicó todos los rigores del Estado al divorcio y al adulterio, favoreciendo en cambio con recompensas á los padres de numerosas familias. Subiendo de aquí en la escala social, tendió á la descen-

tralización de los municipios, reservándoles la elección de los magistrados y concediéndoles jurisdicción civil y criminal dentro de ciertos límites. Dió alivio á las provincias, exigiendo á sus gobernadores una responsabilidad que hasta allí nadie había sabido hacer efectiva; separando de su cargo la gestión económica, fuente de tantos abusos, para confiarla á delegados imperiales directamente responsables ante él; suprimiendo la intervención de empresarios, tan vejatoria para el contribuyente; rebajando además las contribuciones; reduciendo el número de funcionarios; aplicando rigurosamente la ley sobre exacciones, y organizando los servicios. La administración municipal libre fué un beneficio de que en diversos grados disfrutó cada día mayor número de ciudades provinciales; y al propio tiempo que se difundía la libertad municipal italiana, propagábase el idioma de la metrópoli, y con él la cultura greco-italica, es decir, la civilización más alta de aquel tiempo. La Galia cisalpina, ya enteramente latinizada, quedó igualada políticamente á Italia, que desde entonces abrazó la integridad del territorio peninsular. La Galia transalpina vió afluir nuevos colonos á la antigua Narbo; surgir nuevas colonias de ciudadanos en otros puntos, y obtener la concesión de derechos latinos á sus principales ciudades. Por iguales procedimientos empezaba á prepararse la transformación de nuestra península en una tierra itálica, y la accesión del Africa y del Asia romanas al gran Estado mediterráneo. Así se colmaba gradualmente el abismo que en un principio separó á Italia de las provincias, y los trastornos de las guerras y la dominación opresora empezaron á mitigarse bajo el influjo benéfico de una obra de paz.

Era un plan vasto, y dado el punto de vista de Roma y la situación del mundo, un plan de miras elevadas. Absorbidas las antiguas nacionalidades en las dos mayores—la griega y la romana;—degeneradas estas á su vez hasta el punto de haber caído Grecia bajo la servidumbre de Roma, y Roma bajo la servidumbre de César; deshaciéndose, en resolución, el mundo antiguo, y no quedando en pie de sus últimos representantes sino la herencia que podían legar al porvenir—una cultura, por parte de Grecia, y un sistema jurídico y político, por parte de Roma—¿qué podía hacer ya ésta si había de conservar su hegemonía, fuera de seguir recogiendo esa cultura, propagarla y gobernar el mundo interinamente en espera de sus sucesores? No es que ella se atribuyese reflexivamente esta misión que hoy la historia reconoce, ni menos que pensase en esa interinidad de su posición como regente de los pueblos; pero el hecho es que ese fué el destino de sus postreros días, y César, al bosquejar el plan de su realización, el hombre de los tiempos. La conjuración que

segó aquella preclara existencia no se cuenta solo entre los grandes crímenes, sino entre las grandes puerilidades históricas. Roma siguió la vía trazada por César, y no hizo en eso más que seguir los consejos del instinto de conservación. Había enajenado su vida propia á cambio de la del mundo; había renunciado á ser un pueblo dueño de sí mismo para ser reina de todos. La inversión estaba consumada y no le quedaba más que una alternativa: ó gobernar ó abdicar. Había identificado su vida con esa función, y el día que dejase de ejercerla perdería su razón de ser como último representante de la antigüedad: caería á los golpes de los bárbaros, pura y simplemente, como cae un gobierno que se sustituye. Su espíritu propio, su espíritu nacional antiguo, ese—lo hemos visto ya—se apagaba en esta época. Cuando quiso evocar, al recobrar la calma; cuando quiso evocar el genio de la inspiración, que no había acertado á adorar en sazón oportuna entre sus otros genios tutelares, no vió surgir más rayos luminosos que los pálidos y tibios de un crepúsculo intelectual. La edad del fuego creador había pasado, no quedaba en su puesto más que la fría reflexión aleccionada por la experiencia y animada de vez en cuando por brillantes fulguraciones encendidas en las ruinas de su grandeza pasada. El reinado del espíritu antiguo se extinguía; Grecia y Roma contribuyeron á derrocarlo, y entregaron el mundo inconscientemente á las avanzadas del porvenir—á la nueva fe y á las nuevas razas.—Nos han dado la vida á expensas de la suya, y nos han dado una herencia. Hijos que hemos costado la vida á nuestros padres, bien ingratos y despreciables seríamos si no mirásemos con piedad filial sus errores, cuando hasta esos errores, que fueron su desgracia, han hecho nuestra fortuna.

### CONCEPTOS ACTUALES

SOBRE EL INDIVIDUO NATURAL,

por el Prof. D. Augusto G. de Linares,

Director del Laboratorio de biología marina.

(Continuación) (1).

Son estos de dos clases. Unos se refieren á la ingerencia en sí misma, que puede no ser legítima. Así, Strassburger, al inducir de sus primeras observaciones sobre la formación del saco embrional en el *Phaseolus multiflorus*, una producción libre de células, procedió de ligero, engañado, según luego confiesa, por apariencias que le hicieron confundir productos anormales del desarrollo con fases tí-

(1) Véase el número anterior.

picas evolutivas. ¿No hay entonces motivo para poner en duda la validez de sus inducciones ulteriores? ¿No parece justificada una prudente reserva en la admisión de otros hechos afirmados por los demás observadores recientes? Pero aun suponiendo que aquellos y estos deban prevalecer y subsistir como tales, todavía caben errores de otra índole, esto es, al interpretar su valor trascendente. Pues lo primero que parece desprenderse de los estudios novísimos es que, habiendo identidad genética en las dos especies de células, no hay, entre ellas, diversidad esencial. Así lo estiman observadores tan ilustres, olvidando el alcance que deben otorgar en rigor y justicia á dichas ingerencias. Las cuales, para que no degeneren, como ahora, en preocupaciones abstractas, han de ser antes referidas á principios superiores; ha de verse, primero, si responden á las exigencias supremas de la naturaleza misma, ó niegan, por el contrario, alguno de estos ineludibles postulados, como sucede en el caso actual. Produciéndose toda formación orgánica, por desarrollo sucesivo de partes diferentes, dentro de un fondo primitivamente homogéneo, las células primordiales, donde reside toda la virtualidad necesaria para que de ellas brote un individuo sencillo ó complicado, no pueden ser tenidas por idénticas á las formaciones celulares secundarias que nacen dentro de aquellas y solo representan verdaderas partes interiores no más, de las células reproductoras. La diferencia esencial entre unas y otras células, es, pues, una imposición absoluta, una necesidad intrínseca del proceso genético y evolutivo, reconocido y demostrado por ideas y hechos en la esfera de los organismos. Si nacen estos, como sabemos, no por yuxtaposición mecánica de elementos dispersos, sino por diferenciación interna de su fondo unitario, y si esto es ley general, absoluta, demostrada por todos los hechos embriológicos, no es posible confundir en una misma categoría funcional y morfológica la célula reproductora, primordial, que potencialmente contiene la plenitud entera de sus desarrollos ulteriores, con las células vegetativas en que se expresan estos, y son, por consiguiente, partes interiores, ni más ni menos, de aquella.

Es, pues, una consecuencia necesaria de la ley evolutiva de los organismos, la diversidad esencial entre las células reproductoras y las vegetativas. Pero siéndolo, no cabe desatenderla al interpretar la trascendencia de los fenómenos genéticos en las células mismas. Antes bien, constituye un criterio, una base de juicio para estimar si son ó no racionales las inducciones que parecen surgir de los hechos observados y decidir si deben ser, por lo tanto, admitidas como plenamente legítimas, puestas en litigio como dudosas, ó por fin, rechazadas por falsas. Procediendo de esta

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE ATENEO BARCELONÉS

BIBLIOTECA  
BARCELONA

suerte, todo lo que puede inferirse de las observaciones recientes es que la diferencia esencial, necesaria entre unas y otras células, se expresa aún genéticamente, no como se había supuesto en el antagonismo entre la dirección celular á los demás tipos genéticos (formación libre, rejuvenecimiento, etc.), sino en otra forma desconocida todavía. Esta es la verdadera inducción, la única racional que podemos derivar de los últimos hechos observados, ateniéndonos en su interpretación á lo que exige la ley general de todo desarrollo orgánico. Pudiera añadirse que ya se presentía la actual crisis de la teoría celular; se esperaba, mejor dicho, con sobrada razón, toda vez que la diferencia genética entre ambas clases de células no se expresaba hasta ahora en caracteres positivos, únicos que prevalecen, sino en pura negación, esto es, afirmando que las células reproductoras jamás nacían por división, sino por otros varios procesos; las negativas, en cambio, solo mediante aquel. Por manera que, si bien de una parte la inconsistencia misma de los datos novísimos, ya que á veces son fruto, como vimos, de una interpretación errónea de los hechos observados, y de otra, la oposición en que se hallan las inducciones sobre ellos instauradas con las leyes supremas de la evolución orgánica, son motivos que nos autorizan, á pesar de todo, para mantener ilesa todavía la afirmación de la esencial diversidad entre ambas clases de células, es lo cierto, sin embargo, que nos faltan por ahora medios eficaces para distinguir unas de otras en ocasiones críticas.

Lo cual, á primera vista, no parece tener grande importancia para la mejor solución del problema, objeto de los presentes estudios; pero una sola reflexión demuestra lo contrario. Si las células reproductoras primordiales representan individuos, y las vegetativas partes de estos, brotar una de aquellas es nacer un individuo; y producirse una de las segundas, diferenciarse tan solo el individuo ya existente. Habría, por tanto, una guía, un criterio genético para distinguir la sucesión de fases metamórficas pertenecientes á un mismo individuo, de la sucesión de individuos distintos. Podríamos discernir, en suma, *metamorfosis* de *heteromorfosis*, que confundimos, hoy de un modo lamentable, si tuviéramos, como creíamos tener hasta hace poco, medios de reconocer en su diverso tipo genético la producción de una ú otra especie de células. De suerte, que á la confusión reinante sobre el concepto de individuo, se une todavía la que han producido los estudios recientes sobre génesis celular, borrando por ahora el antagonismo que parecía ofrecer en su origen las dos clases de células, y con él la posibilidad de distinguir en ocasiones los fenómenos heteromórficos de las metamorfosis mismas.

Tal es el segundo obstáculo objetivo con

que tropieza hoy el que intente estudiar dichos fenómenos. Ya se ve qué enlace tan íntimo guarda con el primero; resulta de ambos que, sobre ignorar las manifestaciones esenciales del individuo, desconocemos hoy sus primordiales rasgos genéticos. Nos falta, en suma, criterio para reconocer tanto la esencia como el origen á veces de las individualidades orgánicas.

Muy por bajo, sin duda, de estos gravísimos impedimentos, nacidos del estado mismo de la ciencia natural, caen estas dificultades de distinto género para el estudio del presente problema.

En la lentitud con que recibe y coopera nuestra patria al movimiento científico de pueblos más afortunados hoy, se explica la escasez—que es á veces absoluta carencia—de medios para llegar á conocer el estado del pensamiento contemporáneo en determinados órdenes de cuestiones, de actualidad palpitante, sin embargo.

La mayoría de nuestros institutos docentes y corporaciones académicas, no pueden ciertamente envanecerse de sus bibliotecas respectivas. La multitud de escritos, que un día tras otro salen á luz de las prensas extranjeras, rara vez se encuentran en aquellas; á no ser que procedan de Academias científicas y vengán á las nuestras á cambio de sus publicaciones. Las Revistas, sobre todo, consagradas á la exposición de los últimos y diarios progresos en cada esfera del saber, faltan casi en absoluto.

Es, pues, muy difícil, ante todo, orientarse sobre los varios y dispersos antecedentes relativos á cada problema especial; no es cosa llana tampoco, una vez conocidos, lograrlos en breve plazo, tratándose de colecciones y opúsculos que circulan poco y se agotan de seguida; y por fin, exige con frecuencia su adquisición, dispendios superiores á la fortuna privada.

BIBLIOTECA  
BARCELONA

## INSTITUCIÓN.

### LIBROS RECIBIDOS.

República de Chile.—*Anuario de la Sección de Instrucción pública correspondiente á 1889*.—Santiago de Chile, Imprenta nacional, 1890.—Don. del Gobierno. (1915.)

Benejam (Juan).—*La tierra. Bosquejos de la vida rural*.—Dos ejemplares.—Ciudadela, S. Fabregues, 1891.—Don. del autor. (1916.)

### CORRESPONDENCIA.

D. G. C. y R.—*San Clemente* (Baleares).—Recibida libranza de 25 pesetas para pago de su suscripción del año actual y para la de los Sres. D. J. Q., de Sansellas, y D. A. M., de San Juan Bautista, por los años 1890 y 91.